

Fray M^a Damián Yáñez Neira

El plano tradicional de una abadía cisterciense

Es un hecho comúnmente reconocido que los primeros Padres del Císter fueron grandes constructores, que poblaron de abadías los principales países europeos, propagando por doquier el estilo gótico hasta merecer el calificativo de “misióneros del arte gótico”. Aun cuando Torres Balbás parece escatimarles de algún modo esta cualidad¹, hemos de tener presente, no obstante, que el estilo cisterciense se caracteriza por una transición del románico al gótico, por cuanto en él aparecen elementos propios del primer período gótico, ya que éste no es otra cosa “sino el término de la evolución del sistema románico, llevado a sus últimas consecuencias por una sociedad que se sentía capaz de grandes empresas y que ardía en anhelos de perfección”².

El primer intento de reglamentar e imprimir una impronta propia en el arte cisterciense, podemos deducirlo de unas frases que se leen en el **Exordium Parvum Cisterciensis Coenobii**, donde se trazan las líneas maestras que debían imperar tanto en la confección de los ornamentos sagrados como en los demás utensilios al servicio del monasterio: “Para que en la casa de Dios, en la cual deseaban servir día y noche al Señor con toda devoción, no quedara nada que oliera a soberbia o superfluidad, o corrompiera de algún modo la pobreza, o guarda de las virtudes, que espontáneamente habían abrazado: determinaron firmemente no retener cruces doradas o plateadas, sino sólo de madera pintada; ni candelabros, sino sólo uno de hierro; ni incensarios que no fuesen de cobre sino sólo uno de hierro; ni casullas que no fuesen de fustán o lino o paño, mas sin oro ni plata; ni albas o amitos que fuesen de lino, asimismo sin oro ni plata. Abandonaron por completo el uso de palios, capas pluviales, dalmáticas y túnicas; pero retuvieron el uso de cálices de plata, no de oro, sino, en lo posible, dorados, con la fístula de plata y si fuera posible dorada, y también estolas y manípulos de paño sin oro ni plata”³.

La **Carta de caridad**, documento básico que trazó las directrices que debía seguir la orden en distintos campos, no alude para nada al arte. Sólo en las definiciones del capítulo general (=CG) de 1134, se insiste en prohibir el uso de esculturas y pinturas en nuestras iglesias y en las demás dependencias del monasterio; únicamente considera factible las cruces de madera pintadas. Les parecía a los primeros padres que la ornamentación en las construcciones o el lujo en los orna-

mentos del culto, servían de distracción a los monjes más que de incentivo en el fomento de la piedad.

1. LUGAR DE LA ABADIA

Estimo conveniente iniciar el desarrollo de mi trabajo ofreciendo unos conceptos vulgares para los monjes, pero ignorados por la mayoría de los lectores, a juzgar por las consultas que se me hacen de continuo. Los monasterios cistercienses, una vez transcurridos los primeros años iniciales de adaptación y consolidación, solicitaban del CG la elevación de la comunidad al rango de abadía, término equivalente a casa religiosa formada, regida por un abad, superior mayor de la comunidad, elegido en capítulo conventual por todos los monjes profesos solemnes establecidos en la casa, y cuyo gobierno hoy puede ser vitalicio o temporal⁴.

Las abadías cistercienses no se dividen en provincias, sino en casas matrices y filiaciones. Las primeras son las que dan origen a las segundas, y éstas, una vez obtenida la autonomía, es decir, cuando ya pueden valerse por si mismas, sólo dependen de la casa matriz en que está bajo su jurisdicción espiritual; porque cada cierto tiempo -un año, dos o más- el abad de la casa matriz visita su filiación y resuelve todos los problemas espirituales o materiales que tal vez necesiten una solución.

La dignidad abacial es llamada “quasi episcopal”, por cuanto los abades del Císter puede usar ornamentos pontificales, mitra y báculo, y hasta época bien moderna, tenían facultad de conferir órdenes menores a sus súbditos destinados al sacerdocio. Suelen llamarse abades mitrados⁵. La regla de san Benito ordena que nada debe hacerse en el monasterio sin autorización del abad, por lo que es el principal responsable de todo cuanto acontece en la abadía. De él depende el nombramiento de todos los demás cargos que le ayudan en el gobierno de la comunidad. He aquí los principales: **El prior**, o segundo superior de la casa, cuya misión es suplir en todo al abad en caso de ausencia o enfermedad, no pudiendo tomar decisión alguna importante, a no ser en casos excepcionales⁶; el **subprior**, o tercer superior de la casa, que suple al abad y al prior en caso de ausencia de ambos. El **cillerero**, equivalente en el Císter a procurador o mayordomo, se encarga de la administración temporal de la casa; el **secretario**, a su vez, de la contabilidad y temas jurídicos; el **maestro de novicios**, recibe y forma a los nuevos candidatos a la vida religiosa. Hay otra serie de cargos inferiores que dependen igualmente de la voluntad del abad.

Viniendo ya a desarrollar el tema anunciado, lo iniciamos recordando cómo casi todos nuestros monasterios datan de los tiempos medievales, siglos XII, XIII, XIV, y sólo algunos -muy contados- de siglos posteriores. A poco que uno observe, se percata luego de la predilección de aquellos padres antiguos en escoger sitios adecuados para sus monasterios, alejados del bullicio humano, por más

que no siempre acertaron a elegir sitio definitivo en el primer momento, antes se dieron muchos casos en que, a los pocos años de estancia en un lugar, descubrieron otro que les pareció más adecuado y se trasladaron a él, juzgando encontrar ventajas considerables en el cambio. Les atraía los valles amenos, abundantes en vegetación, surcados por arroyuelos, y casi siempre a la vera de algún río o arroyo; de aquí tuvo origen aquel dístico latino tan conocido:

*Benedictus montes, Bernardus valles amabat
Franciscus vicos, magnas Ignatius urbes...⁷*

Nadie sabe quién fue el autor de estos versos, que en los autores aparecen con no pocas variantes, pero no es nuestro propósito detenernos en ellas⁸. Tal predilección por los valles, no era en manera alguna -como han dicho algunos historiadores- buscando lugares insanos a causa de la excesiva humedad, para estar enfermos y así, al carecer de salud, tuvieran más frecuentemente ante los ojos el pensamiento de la muerte. Nada de eso. Esta leyenda ha sido rebatida en los últimos tiempos⁹. San Bernardo, escribiendo a una piadosa dama llamada Beatriz, le habla del traslado de unos religiosos a lugar distinto, y dice: "Han dejado una tierra desierta, una soledad poblada de aullidos, para entrar en una región fértil que les ofrece de todo, casas y amigos, además de un lugar de agradable estancia. Por eso les he dejado con gozo y paz y he regresado con esos sentimientos"(Cart. 118). Está probado que cuando los cistercienses escogían un lugar para construir un monasterio, en el momento que notaban que era insano para vivir en él, al punto buscaban otro que reuniera mayores ventajas y se trasladaban a él, o bien se entregaban con afán a sanear el terreno por medio de un sistema de canalizaciones subterráneas, que bien pronto era convertido en auténtico vergel¹⁰.

Tenemos además en contra de tal teoría el testimonio de un excelente místico cisterciense de los primeros tiempos, quien nos ofrece una versión certera de los lugares en que aquellos primeros penitentes ponían los ojos para establecer una nueva fundación. Roberto de Hoyland, escritor cisterciense del s. XII, nos habla de la panorámica que solía circundar a los monasterios cisterciense: "El lugar retirado y poblado de árboles, bien regado y fértil, el valle cubierto de fronda, entre la que se oye el gorjear de los pajarillos, contribuye no poco a elevar el espíritu, a fomentar la paz y a disponer el corazón para la contemplación"¹¹. "El clima malsano y la esterilidad de la tierra, solía ser la causa del cambio de lugar. A veces se encontraban juntos varios inconvenientes de esta clase, como por ejemplo en Belleperche, donde les faltaba el agua y el lugar era muy reducido. En 1147 se decidió hacer el traslado a otro sitio, a sugerencia de san Bernardo. En Cántavos, en España, los monjes tenían que enfrentarse a un ambiente malsano, carencia de agua y de leña, por lo que el abad decidió trasladar la comunidad en 1162 a Huerta. A veces a estos inconvenientes había que añadir el rigor del clima, como sucedió en el caso de Cabadur en los Pirineos, fundado en plena montaña en el valle de Campam a 1140 m. de altura"¹².

“La fundación de una nueva abadía está sujeta a determinadas condiciones referentes al emplazamiento, separación del mundo, lugares regulares, número de monjes, libros litúrgicos, uniformidad en la observancia de la regla. En fundador podía ser un príncipe, o un obispo, o un simple propietario. Sin embargo la llegada de los monjes quedaba condicionada a varias circunstancias y a una serie de negociaciones preliminares”¹³. Aquí radica la gran divergencia existente entre los autores a la hora de señalar el inicio de una fundación, que solía oscilar entre la fecha de ofrecer el terreno y el comienzo de la vida monástica en el lugar.

La norma que solía seguirse siempre que se proponía la erección de una nueva fundación -sobre todo a partir de las disposiciones impuestas en 1194- era esta: el CG delegaba a dos abades comarcanos para inspeccionar los terrenos y sopesar las condiciones ofrecidas para instalar la nueva fundación. Una vez informados de todos los pormenores, debían dar cuenta al CG, el cual autorizaba o rechazaba la oferta, según los informes recibidos. Lo que más preocupaba a los capitulares en la aprobación de nuevas fundaciones, era el retiro del mundo, condición sine qua non para que se le diera luz verde al establecimiento de una nueva abadía¹⁴. Esta búsqueda de la soledad parece fue ley imperante en toda fundación cisterciense. Tal exigencia de retiro absoluto del mundo, impuesta por la regla benedictina, sigue imperando todavía hoy en la orden¹⁵.

Por lo general los monasterios cistercienses se construían -como hemos insinuado- en valles amenos, surcados por arroyuelos y a la vera de los ríos. La finalidad de colocar nuestros monasterios próximos a los ríos, obedecía no solamente a seguir la mentalidad de la regla, que manda tener molinos dentro del recinto monasterial, con objeto de no verse obligados los monjes a vagar fuera del recinto monasterial, “por no ser conveniente para sus almas”. Un autor anónimo nos ha dejado una descripción de Claraval, asentado en las riberas del Aube, y los excelentes servicios que les prestaban sus aguas: “Un brazo del río atravesando los numerosos talleres de la abadía, es digno de bendición por los buenos servicios que presta. Primeramente se lanza impetuoso sobre el molino, en el que ejerce tarea inapreciable por medio de sus bruscos movimientos, ora moliendo el trigo aplastado bajo sus muelas, ora agitando la tolva con objeto de separar el salvado de la harina. Seguidamente pasa al local contiguo, llena la caldera y abandónase al fuego que la hace hervir para preparar la bebida de los monjes; porque si por casualidad la viña ha ofrecido a los viñadores la descortés respuesta de la esterilidad, y si falta la sangre del racimo, se ha de suplir con la hija de la espiga -todo esto para decir que, si no hay vino, se fabrica cerveza- Mas el río no juzga haber obtenido su reposo. Los batanes instalados cerca del molino, le llaman a su vez. El agua entonces baja o sube estos pesados pilones, estos mazos, o mejor dicho, esos pies de madera, ahorrando así no pocas fatigas a los hermanos”¹⁶.

Al fundar un monasterio, se tenía muy en cuenta elegir un terreno productivo, y si no lo era, conseguían los monjes hacerlo fecundo a base de esfuerzo y de un trabajo metódico. Cuando les era imposible conseguir lo necesario en los alrededores del monasterio, por hallarse en terrenos montuosos, se decidían a buscar lejos

medios con qué alimentar a la comunidad y poder construir las edificios¹⁷. Una definición del capítulo general del año 1134, dispone que los monjes deben conseguir por si mismos el sustento propio, con el esfuerzo de su trabajo. Debían dedicarse al cultivo de la tierra y a la cría de animales, lo que supone la necesidad imprescindible de poseer tierras propias para cultivarlas por si mismos; molinos para moler los cereales; pastizales para paecer sus rebaños; en cambio les prohibía tener animales recreativos, como podían ser ciervos, grullas u otras especies.

Para mejor observar la regla de san Benito, que llama al monje siete veces al día a cantar las divinas alabanzas, “los nuevos soldados de cristo, pobres con Cristo pobre, comenzaron a tratar entre ellos con qué medios o cómo deberían ingeniarise en este género de vida para obtener los recursos necesarios con qué sustentarse ellos y los huéspedes que, ricos y pobres, manda la Regla sean recibidos como a Cristo cuando lleguen. El acuerdo fue que deberían admitir, con permiso de su obispo, conversos laicos que, conservando la barba, serían tratados en vida y en muerte como ellos excepto el monacato”¹⁸. De esta suerte, los monjes podían entregarse asiduamente a la alabanza divina, tal como prescribe san Benito.

Al establecer este sistema económico de proveerse, les dio ocasión de poder disponer de granjas, que solían ser explotaciones agrícolas, por lo regular alejadas del monasterio. Tales granjas estaban cultivadas en un principio por los hermanos conversos, que residían allí y acudían al monasterio solamente los domingos y fiestas, para asistir a los divinos oficios, al lado de los monjes. Estas granjas no podían estar en un principio a más de una jornada de camino -como unos 15 ó 20 kilómetros-, pero luego se autorizó que pudieran estar a mayor distancia¹⁹.

En cada granja, el trabajo era dirigido por un converso o mayordomo, bajo la vigilancia o inspección del padre cillerero o procurador, principal responsable de todos los bienes temporales de la abadía. Para los trabajos mayores: siega, cosecha de cereales, vendimia, esquila de los rebaños, acudían los monjes a ayudar a los hermanos legos, pero debían regresar a dormir al monasterio única residencia habitual del monje. Cuando comenzaron a escasear los hermanos legos, se admitieron colonos, a los cuales se atendía también espiritualmente y se les formaba en los métodos de cultivo. Los monjes, por lo general instruidos por otros monjes, llegados del corazón de Europa, estaban especializados en los diferentes trabajos, que transmitieron luego a sus colonos. El Císter tiene fama de haber sido una de las órdenes que más han contribuido a la colonización de los pueblos. Tal es la razón principal por la que los reyes de la Reconquista llamaban con insistencia a nuestros monjes para que fundaran en sus tierras.

2. TRAZADO DEL EDIFICIO

“Una vez elegido el lugar para la nueva abadía, se levantaba una valla, generalmente de madera al principio. Por una puerta se comunicaba con el exterior y

estaba severamente guardada por el portero, hombre de confianza del abad y ordinariamente “senex sapiens”, anciano sabio. En el interior del recinto se delimitaba el lugar de la iglesia, junto a la cual debían levantarse los demás edificios conventuales. En 1120 se ordenó que no se mandasen monjes a ninguna fundación antes de que el monasterio contara con los lugares regulares que son: oratorio, refectorio, dormitorio en común, hospedería y portería²⁰. Ningún edificio debía estar fuera de la portería, es decir, del recinto, excepción hecha de la hospedería y los establos²¹. Tales lugares regulares solían ser rústicos en un principio, lo estrictamente suficientes para resguardarse de las inclemencias del tiempo. Los edificios en serio surgirían en el correr de los años, cuando la comunidad contara con personal y medios necesarios para hacer frente a las obras, que a veces duraban siglos²².

No conozco ninguna determinación del CG imponiendo un patrón tipo standard para que se amoldara a él el trazado de los monasterios, antes en esto se siguió la tradición imperante en la época, que la adoptaron y se fue imponiendo por sí misma hasta convertirse en norma perenne de todas nuestras abadías, pues se puede constatar la similitud seguida en la casi totalidad de ellas, que siguen un trazado idéntico. “El plan general de los monasterios cistercienses y la disposición de los diversos edificios que los componían, no diferían de las construcciones monásticas anteriores. En esto, no hicieron sino conformarse a la antigua tradición que, a través de Cluny en el siglo X, y de San Gall en el IX, nos remonta hasta el plano de la villa merovingia, que a su vez procedía del de la villa romana. En efecto, la distribución de los lugares regulares de las abadías cistercienses es a todas luces la misma que la de las otras construcciones monásticas”²³.

La cabecera del templo -salvo rarísimas excepciones- siempre miraba al oriente, imitando en esto el proceder de los primeros cristianos, que para orar miraban a oriente, aunque en ello se les habían adelantado ya otros pueblos del paganismo, viendo en esa postura diversos simbolismos, prevaleciendo entre los cristianos el paradisíaco, por cuanto es opinión corriente de que el paraíso terrenal se hallaba situado al oriente. Las mismas **Constituciones apostólicas** lo confirman: “Habiéndose levantado todos -se lee en ella- y volviéndose hacia Oriente, ruegan a Dios... acordándose de la antigua morada del Paraíso”²⁴. Se habla de que algunos santos, a la hora de la muerte, pedían que se les volviera hacia oriente, para recordar la felicidad del paraíso.

Sin oponerme a este precioso simbolismo paradisíaco, personalmente opino que quizá nuestros antepasados aludieran más directamente al retorno de Cristo, Luz del mundo y verdadero Oriente, de quien cantamos en una preciosa antifona en los días precedentes a Navidad: “¡O Oriente, esplendor de la luz eterna y Sol de Justicia: ven a iluminar a los que están sentados en las tinieblas y sombras de muerte”. Es seguro que tal pensamiento de Cristo, Sol de justicia, se halló muy presente en la mente de aquellos cristianos medievales a la hora de construir los templos dedicados al culto del Dios vivo, desde los cuales se había de proclamar solemnemente las enseñanzas del divino Redentor.

En toda fundación cisterciense, la iglesia era lo primero que se construía²⁵, y la

que marcaba el ritmo de las demás construcciones monásticas. Oderico Vital afirma que eran los propios monjes, dirigidos generalmente por el cillerero o algún monje especializados en trabajos de arquitectura -que nunca faltaron en la orden-, quienes construían sus propios monasterios. Tal testimonio se ve confirmado por un dibujo del Museo Germánico de Nuremberg en el que se pueden ver los monjes y los conversos del monasterio de Schonau, cerca de Heidelberg, ocupados en la construcción de su abadía. Se les ve sacando piedras de una cantera, cortándolas y conduciéndolas con sus carretas arrastradas por bueyes hasta las proximidades de la obra. A su vez los conversos se encargan de labrarlas, mientras otros preparan la argamasa, las suben por los andamios y colocan con toda maestría en el lugar respectivo. No falta el complemento indispensable: en un rincón del cuadro aparece el cillerero preparando comida y bebida mejor y más abundante que la del resto de los monjes. Sorprende el hecho de no aparecer en el cuadro ningún seglar, sino solamente los conversos.

“Levantándose siempre la iglesia en la parte más alta y vuelta hacia el Oriente hace que el claustro haya sido edificado al Norte o al Sur según el lugar. Esta práctica se seguía de manera tan habitual que en algunos casos derogan incluso la ley de la orientación de la iglesia -por ejemplo el caso de Senanque-. Conveniencias locales han pedido introducir algunas variantes en el plan regular, pero no son substanciales, debido a lo cual, dice Mr. Aubert: “La unidad del plan de las abadías cistercienses es poco más o menos absoluta”.

Este mismo autor ha hecho un recuento de todas las abadías, y sacado la conclusión de que abundan mucho más las que llevan el templo a la parte norte, y, por lo tanto, todos los demás edificios regulares están colocados al sur o mediodía. Solía ser de tres naves en forma de cruz latina.”El elemento nuevo, propio de los cistercienses, hemos de buscarle en el tipo que adoptaron para la construcción de sus iglesias, las que se distinguen de entre todas las demás por su sello de simplicidad extrema y por responder a un plano tipo con uniformidad casi absoluta, al menos la mayor parte de ellas, y esto durante la edad de oro del Císter, es decir, durante más de un siglo”²⁶.

Adosada al crucero sur²⁷ estaba la sacristía, destinada a custodiar los ornamentos sagrados y para revestirse los sacerdotes antes de las celebraciones. El claustro regular -o de las procesiones- corre paralelo a la nave sur de la iglesia, con cuatro galerías en cuadro. En la galería de oriente se abre una puerta -franqueada de ventana regularmente a uno y otro lado- que da acceso a la sala capitular, siempre en la misma posición que el templo, con la cabecera mirando al oriente²⁸. Es la pieza más importante de la casa después del templo, por los diversos usos a que estaba destinada: En ella se cantaba antiguamente, hasta época moderna, el martirologio romano, seguido de las “preces” llamada de “Prima”²⁹, y un capítulo de la regla de San Benito, a la cual seguía la explicación de la misma por el abad. Seguidamente se solía tener ciertos días el llamado capítulo de culpas o corrección fraterna. En la sala capitular se desarrollaban otros muchos actos comunitarios, como eran por ejemplo: elección de superior, la toma de hábito, conferencias, etc.

Siguiendo por la misma ala de mediodía, se encontraba el locutorio, a continuación de la sala capitular, donde los monjes dejaban sus cogullas y escuchaban de labios del abad la distribución del trabajo de cada día. Más adelante estaba el **scriptorium** o sala de estar de los monjes y sobre la misma ala, en el primer piso se hallaba el dormitorio, que era un local corrido en el que se alineaban las camas³⁰. Se accedía a él por una escalera que arranca casi siempre desde el mismo crucero del templo, o bien estaba entre la sala capitular y el escritorio. No lejos de éste, en todos los monasterios solía haber un local llamado **calefactorio**, cuya finalidad era calentarse los monjes en invierno y a rasurarse la barba. Solía utilizarse igualmente para practicar la sangría cuatro veces al año, costumbre muy arraigada entre los monjes, no menos que en el mundo.

Falta por reseñar el refectorio, que en todos los monasterios se hallaba a la parte opuesta del templo, pero no paralelo al claustro, sino perpendicular³¹, como cualquiera lo puede advertir hoy en los monasterios conservados en pie, y aún se distinguen bien su plano cuando los monasterios están en ruinas. Solía ser de una arquitectura primorosa³², como se puede comprobarse en algunos modelos que aún se conservan en la actualidad. Quizá el más bello de todos cuantos conozco sea el de Santa María de Huerta, obra del s. XIII, que se conserva en perfecto estado. También el de Alcobaça es grandioso.

En el patio enmarcado dentro del claustro procesional, es tradicional la ubicación del lavabo, bajo un hermoso templete con agua corriente, donde los monjes se asebaban antes de entrar en el refectorio³³. Su lugar invariable era contiguo al ala del claustro de mediodía, frente a la misma puerta de acceso al refectorio. Todavía podemos admirar hoy preciosos ejemplares de lavabos en muchos monasterios, de bella arquitectura, por lo general idéntica a la del claustro. Son notables los de Alcobaça en Portugal, Poblet y Sanctes Creus en Cataluña, Rueda, Veruela, en Aragón... etc.³⁴.

Adosada al refectorio estaba la cocina -con todos sus locales accesorios- que suele ser en los monasterios antiguos un verdadero monumento de notable valor arquitectónico, tanto por la solidez de sus muros, como por la esbeltez de la misma³⁵. La mayoría de ellas estaban dotadas de agua corriente al menos en los últimos siglos, y algunas quizá desde el principio. Por ejemplo, en Oseira se hizo la canalización de agua hasta la cocina -que se halla en el primer piso- a través de los muros, a mediados del s. XVII, mientras que en otras abadías es posible fuera mucho antes. Pienso en la acequia caudalosa que pasa por debajo de la cocina de Alcobaça -un verdadero brazo de río- que quizá sea obra de los monjes antiguos³⁶.

3. SAN BERNARDO Y EL ARTE

Sencillez y sobriedad, eran las características propias de las construcciones cistercienses, las cuales aparecen inconfundibles, por estar marcadas con ese sello de

simplicidad en que fueron realizadas, sobre todo en el primer siglo de la orden."En lo decorativo, las iglesias cistercienses se reducen a lo estrictamente necesario para realzar las líneas arquitectónicas, pero esta sobriedad se contempla con el empleo de las soluciones constructivas más lógicas, armoniosas y bellas"³⁷. Los primeros padres se impusieron desde el primer momento una normativa de severidad, por lo que las construcciones debían ajustarse a una línea sencilla, alejando de ellas toda ornamentación innecesaria. Luego, con la llegada de SB se impondría como ley en toda la orden.

Formado el Santo en la austeridad radical a que vivían sometidos los primeros fundadores, no es de extrañar arremetiera con brío contra la profusa decoración artística advertida en los monasterios de su tiempo; en su concepto, en ellos tal carga de ornamentación no hacía absolutamente ninguna falta. El cambio de estructuras introducido en el Císter, obedeció en gran parte -como tengo demostrado- a las directrices de SB, quien dada su gran influencia en la consolidación de la orden, al par que llevado de un gran celo de vivir la austeridad monástica, trató de inculcarla a sus monjes en las construcciones, de tal manera que todos los monumentos de su tiempo, están diseñados bajo la impronta de austeridad, por esa ausencia casi total de ornamentación.

Tenemos que fijarnos en la espiritualidad rígida y suma pobreza en que se instituyó el Císter, habiendo sido el forjador de la espiritualidad de san Bernardo san Esteban Harding, uno de los iniciadores de la orden, para entender mejor las duras críticas que dirige a los de Cluny al tratar de todo aquello relacionado con el arte. Llama la atención la manera como encauza la diatriba. Dice que no es nada cuanto ha dicho, comparado con lo que le resta por decir. Deja a un lado "las moles inmensas de los oratorios, a su desmesurada largura e innecesaria anchura, ni a la suntuosidad de sus pulimentadas ornamentaciones y de sus originales pinturas que atraen la atención de los que allí van a orar, pero quitan hasta la devoción"³⁸. La mentalidad del Santo, profundamente arraigada en la extremada pobreza, quería que los hijos de san Benito dieran pruebas de ello hasta en los ornamentos y vasos sagrados, ofendiéndole el empleo del oro, metales y piedras preciosas.

Quería que la casa del Señor no estuviera adornada espléndidamente, sino pretendía desterrar de los monasterios todo aquello que olier a suntuosidad, tanto en las construcciones como en la decoración y vasos sagrados. Está convencido de que los monjes han renunciado a todas las hermosuras y grandezas terrenas para optar sólo por Cristo, de aquí que le repugne todo cuanto lleva el sello de lo llamativo o sirve para recreo de los sentidos. Todo lo considera vanidad, y no sólo vanidad, sino insensatez. Da la razón: "Refulge de luz la iglesia, agoniza de miseria en sus pobres. Recubre de oro sus piedras y deja desnudos a sus hijos. Con lo que pertenece a los pobres, se recrea a los ricos"³⁹. Es normal que al arremeter con tanta furia contra la decoración artística, difundida por los benedictinos, tan maravillosa bajo todos conceptos, se haya tachado al Santo de enemigo del arte. Algunos han afirmado "que desconoció la belleza, y que, en aquella "nueva lucha de las imágenes" a que se lanzó, su papel fue el del necio hostil a cualquier esfuer-

zo estético. Expresada de esta manera, la tesis es inaceptable: la actitud de san Bernardo ante el arte se entiende sólo en función de su espiritualidad profunda, del testimonio que ha querido dar de Dios⁴⁰.

En realidad, en su modo de proceder nos parece todo lo contrario. SB poseía una formación cultural exquisita, de tal manera que él ha sido quien ha dado -tal vez sin darse cuenta- una preciosa definición del arte en aquellas lacónicas frases **quaedam deformis formositas ac formosa deformitas**, es decir, en su concepto concebía el arte como cierta belleza deforme y hermosa deformidad⁴¹. Prueba de que no es enemigo del arte, la tenemos en la acertada distinción que establece a renglón seguido, entre las iglesias dependientes de los obispos y las de los monjes. En las primeras juzga necesario despliegue artístico en los edificios, y suntuosidad de los mismos. Da la razón: “Porque una es la misión de los obispos y otra la de los monjes. Ellos se deben por igual a los sabios y a los ignorantes, y tienen que estimular la devoción exterior del pueblo mediante la decoración artística, porque no les bastan los recursos espirituales” (Apol., 28). Ignorante el pueblo -en su mayoría analfabeto-, necesitaba imágenes vivas, incentivos para inspirarse de alguna manera, para meditar o interpretar los diversos temas bíblicos o morales, y por eso se reproducían la más variada escenas en la ornamentación de capiteles, sarcófagos y demás.

En cambio, según el Santo toda aquella profusa decoración sobraba en las iglesias de los monjes: “Nosotros -explica- los que ya hemos salido del pueblo, los que hemos dejado por Cristo las riquezas y los tesoros del mundo con tal de ganar a Cristo, lo tenemos todo por basura. Todo lo que atrae por su belleza, lo que agrada por su sonoridad, lo que embriaga con su perfume, lo que halaga por su sabor, lo que deleita en su tacto. En fin, todo lo que satisface a la complacencia corporal”.

Para profundizar un poco más en el tema, conviene distinguir entre las dos corrientes artísticas imperantes en la época, bajo las cuales consideraban el arte cada familia religiosa, la benedictina y la cisterciense. La primera creyó acertado -y nadie puede negar que lo fuera- la ornamentación profusa de sus templos y principales dependencias de la casa de Dios, con esa admirable representación de escenas bíblicas y morales, que son un verdadero encanto, con la exclusiva finalidad de impresionar a las personas incultas y sencillas y hacerlas elevar a la contemplación del Creador. Es muy normal que desearan rendir a Dios un culto especial con la belleza, pues siendo Dios autor de todo lo creado, nada más razonable que buscar todo lo más bello que existe para utilizarlo en el culto sagrado.

Los padres cluniacenses tenían delante un ejemplo vivo en que apoyarse para honrar a Dios con aquel despliegue de arte, con sólo fijarse en el sentido de la divina Escritura, donde vemos que en la construcción del Templo de Jerusalén se utilizaron los materiales más ricos y espléndidos que se conocían en aquellos tiempos. Completamente acorde con las directrices de la santa Iglesia fue, a no dudarlo, la concepción del arte que inspiró a los grandes maestros del románico entre nuestros hermanos negros. No solamente por lo que hoy significa de grandiosidad y riqueza inconmensurable en orden a la cultura, sino por buscar con ello el bien de las almas.

En esta perspectiva, nos parece completamente normal y acertado el juicio emitido sobre el arte clunicense por el autor anteriormente citado: “Sus constructores trabajan en todas partes. Su tradición admite que la belleza ayuda a la oración y alaba a Dios en sus formas. Allí donde construyen los cluniacenses, se enriquece la ornamentación. Sobre las arcadas se dibujan los sabios adornos geométricos; en los arcos y en las cornisas abundan los detalles encantadores; los capiteles se convierten en fantásticos juegos de animales; en los pórticos, la escultura llena de reyes y santos dinteles y tímpanos. El interior mismo se enriquece con frescos. La cruz se adorna de esmaltes, de oro labrado, de pedrería”⁴².

Humanamente hablando, todo esto y mucho más que se pudiera decir de la gran obra artística realizada por los hijos de san Benito hasta llegar el Císter, no deja de ser algo digno de encumbrar su memoria hasta la máxima celebridad, pues enriquecieron notablemente la cultura con obras inmortales que hoy nos llenan de admiración, y sirvieron no poco para catequizar al pueblo a gran escala.

La otra corriente -que podemos llamar cisterciense- capitaneada en cierto modo por SB, le dio a la belleza otro enfoque muy distinto. En manera alguna quería el santo desterrar todas esas bellezas de los templos en general, sino sólo de los utilizados por los monjes. Ya queda explicado el por qué de su postura, la austera formación recibida en Císter, de parte de aquellos primeros padres que, si bien no legislaron nada sobre obras de arte, en cambio sabemos que se sometieron a una austeridad inaudita en todos los órdenes, sin que quedara excluido el sagrado, pues querían que en todo brillara la pobreza. No está demás afirmar que SB no fue el único en levantarse contra el fasto excesivo de la decoración cluniacense. Antes Pedro el Chantre clamaba contra el abuso en las construcciones; Ruteboeuf, el poeta, se indignaba del lujo de los conventos, y Suger, siendo benedictino, adoptó, sin embargo, después de su conversión de 1127, los mismos principios característicos de las construcciones cistercienses de la primera época.

Además de la formación austera de SB, no hemos de perder de vista el espíritu que le animaba, al verse abad de Claraval, y asediado de continuo por riadas de pretendientes que deseaban compartir aquella vida. No los admitía fácilmente, sino que -al decir de su primer biógrafo- solía decirles: “Si os sentís con ánimo para ingresar en esta casa, dejad ahí fuera los cuerpos que traéis del mundo, entrad solo con el espíritu, porque la carne no aprovecha de nada”. Un hombre así, que vive un ideal tan encumbrado, no es extraño que piense de distinta manera en la concepción de las obras artísticas, respecto de los monjes. Consideraba a éstos como seres superiores, viviendo una atmósfera mucho más elevada que la gente del mundo, que no necesitaban de la materia para remontarse hasta Dios, antes en su concepto era un obstáculo por las distracciones que ocasionaban aquellas escenas esculpidas en la piedra. “Por todas partes -dice el santo- aparece tan grande y prodigiosa variedad de los más diversos caprichos, que a los monjes más les agrada leer en los mármoles que en los códices, y pasarse todo el día admirando tanto detalle sin meditar en la ley de Dios. ¡Ay Dios mío! Ya que nos hacemos insensibles a tanta necedad, ¿cómo no nos duele tanto derroche?” (Apología, 29).

Además, la realización de esas obras artísticas, suponía invertir en ellas mucho tiempo y unos gastos considerables, que a su manera de ver no estaban muy acordes con la pobreza monástica, llevada a las exigencias radicales que propone san Benito. Consideraba una pérdida lastimosa de tiempo dedicarse a reproducir esas escenas en la piedra o en la pintura⁴³.

No pudiéndonos extender más en el tema, permítasenos ofrecer el acertadísimo enfoque que mi buen amigo J. Carlos Valle Pérez, actual director del Museo de Pontevedra -uno de los que mejor han estudiado los orígenes y evolución del arte cisterciense- da al mismo cuando escribe: "Parece evidente, pues, en función de lo dicho, que la disputa hay que entenderla en un campo estrictamente espiritual (al margen de que en algún momento, precisamente a causa de este enfrentamiento ideológico, se hayan mezclado en la misma asuntos de índole "terrena" y, por supuesto, dentro de los estrechos límites de las instituciones monásticas. Fuera de este contexto, la polémica resulta falseada. Precisamente por desconocer este aspecto o por no valorarlo suficientemente, muchos autores desde el siglo XIX hasta prácticamente nuestros días, basándose en la Apología, cuyo contenido esencial fue refrendado años más tarde por el Capítulo General de la Orden, han considerado a San Bernardo (y lógicamente por extensión, a la Orden a la que pertenecía) como enemigos del arte, heredero de las doctrinas iconoclastas, falto de educación estética etc⁴⁴. Sin embargo, ni San Bernardo ni los cistercienses negaron jamás ni la belleza ni el arte. Basta leer la Apología, invocada reiteradamente por todos sus detractores, para darse cuenta de ello"⁴⁵.

Por fin, establece un vivo contraste entre la espiritualidad que debían vivir los monjes, hombres de Dios que no necesitaban incentivos terrenos para remontarse a la contemplación, y las iglesias que caen bajo el área de los obispos, que, como destinadas en funciones de la gente sencilla sin instrucción alguna, necesitaban de estas figuras impresionistas para ejercer en ellos suna catequesis profunda⁴⁶.

Resumiendo: San Bernardo en manera alguna se oponía al arte, antes solamente lo consideraba superfluo el excesivo despliegue de ornamentación en las iglesias monacales, destinadas a hombres que han renunciado todas las cosas del mundo y han optado por seguir de cerca a Cristo pobre; pero es comprensivo en extremo, y lo cree necesario para las iglesias episcopales al servicio del pueblo de Dios, en aquellos tiempos todavía muy inculto.

NOTAS

¹ "La arquitectura de los monasterios cistercienses -escribe- no influyo en la génesis de la nueva gótica, pero sí en la evolución de algunas de sus escuelas regionales." TORRES BALBAS, Leopoldo, *Monasterios cistercienses de Galicia*, Santiago, 1854, p.11.

² GOMEZ DE LAS BARCENAS, Fr.M.Alberto, *La verdad sincera del Císter*, III, ahondando en la verdad. Rev."Cistercium" XIV (1962), p, 3 y sgs. Tengo sumo placer en afirmar que en este mi tra-

bajo me ha servido de gran orientación el interesante y documentado estudio de mi cohermano, que publicó hace muchos años en diversos números de *Cistercium*, y ojalá se publicara en una obra aparte, como en alguna ocasión he sugerido, pues serviría de orientación precisa a tantísimos estudiosos como hoy dedican sus esfuerzos a descubrir las bellezas del estilo cisterciense.

³ Cfr. **Exordium parvum**, c.XVIII. Aunque no se dice nada en cuanto a edificios, sin embargo, se comprende que no podían desplegar en ellos primores de arte, en el momento que se trataban de contar con utensilios pobres para el culto.

⁴ Hasta el Vaticano II, el cargo de abad solía ser siempre vitalicio -hago caso omiso de las distintas congregaciones que en siglos pasados impusieron un régimen temporal- a no ser que renunciara al mismo o se le destituyera por algún motivo. Actualmente en la mayoría de las casas suele durar seis años, reelegibles más veces, mientras algunas abadías la elección es por tiempo non definitum, es decir hasta los 75 años en que debe presentar la renuncia conforme a las nuevas normas canónicas.

⁵ Hasta el Vaticano II, todos los abades solían ser vitalicios, es decir, de por vida; hoy depende de la voluntad de cada casa: unos lo eligen por seis años, otros por tiempo indefinido, que puede prolongarse hasta los 75 años en que está señalada la presentación de la renuncia por las altas jerarquías de la Iglesia. Antes usaban escudo de armas, al estilo de los obispos; hoy no lo emplean, quizá por esa temporalidad de la dignidad.

⁶ Este "prior" denominado claustral, se distingue en el Císter del llamado "prior titular", que es el superior elegido por los monjes de un monasterio que no ha adquirido aún el rango de abadía.

⁷ San Bernardo amaba los Valles, san Benito los montes, san Francisco las aldeas humildes, y san Ignacio las grandes ciudades.

⁸ Quien desee conocer las fuentes donde constan con sus variantes, puede consultar al padre Alberto Gómez de las Bárcenas, en el *lug. cit.* en la nota 2.

⁹ Véase la nota 119 del trabajo citado en la p. anterior.

¹⁰ Todavía hoy puede admirarse el sistema de canalización empleado por los antiguos monjes con objeto de sanear el monasterio. El monasterio de Moreruela, por ejemplo, está situado en una zona pantanosa, de las riberas del Esla. Cualquiera que visite hoy sus ruinas, puede admirar aún la serie de zanjias subterráneas que se advierten a través de las huertas que lo circundan. Es un caso constatado por mí mismo, que bien pudiera multiplicar.

¹¹ HOYLAND, Gilberto, **Tractatus asceticus**, VII, 2 PL, 184, D-282-282.

¹² Cfr. **Fichas de historia de la orden del Císter**, ficha 34.

¹³ Fichas de Historia de la Orden, ficha. 34.

¹⁴ "In civitatibus, castellis, villis, nulla nostra construenda sunt coenobia, sed in locis a conversatione hominum semotis", es decir, nuestros monasterios no deben construirse en las ciudades, aldeas ni villas, sino en lugares apartados del barullo del mundo. Cfr. José M^a Canivez, **Statuta Capitulum Generalium Ordinis Cisterciensium**, t.I Louvain, 1934, p., 13, a. 1134, def. 1.

¹⁵ Al tiempo de redactar este trabajo, estoy haciendo otro conmemorativo de Santa Ana de Madrid, monasterio fundado en 1596 dentro de la ciudad, que dio origen a la actual calle de San Bernardo. En los Anales de Manrique se puede ver la dura polémica que suscitó la erección de dicha abadía, por motivo de ir en contra de la tradición cisterciense, que buscaba siempre los lugares retirados.

¹⁶ Cfr. **Descriptio positionis seu situationis monasterii Claraevallis**, en PL, 185, 569 y sgs. Le hemos dado una traducción un poco libre.

¹⁷ Tal proceder lo siguieron al pie de la letra los monjes de Oseira. Colocado el monasterio entre montañas improductivas, bien pronto lograron una expansión llamativa por las distintas hondonadas de las provincias vecinas, con salida al mar por dos puertos propios, Marín Cedeira.

¹⁸ **Exordium parvum**, o.c.,c.XV. Estos hermanos conversos o legos han perdurado hasta nuestros días, en que no existen en nuestros monasterios más que una sola clase: todos monjes.

¹⁹ Nuestro monasterio de Oseira tuvo desde el s. XII hasta el siglo pasado el coto de Marín, y la granja de Cedeira, más al norte del Ferrol, y no eran las más distantes.

²⁰ En gracia a todos aquellos que no conocen a fondo el Císter, diremos que se entiende por lugares regulares los principales locales del monasterio en los que se desarrolla la vida monástica de manera intensa.

²¹ Cfr. **Historia de la Orden**, ficha 35.

²² Desde luego, rarísimos son los monasterios que se construyeran íntegros en el espacio de un siglo. La iglesia, sala capitular, claustro procesional y hasta el refectorio, es posible que sí, pero el resto se completaba como se podía. Algunos, como el de Gradefes, se construyeron la cabecera del templo, la capilla mayor y el crucero en perfecto estilo, se hizo la entrada a la sala capitular y se inició el claustro, pero se interrumpieron las obras al morir la fundadora, y se completó el templo, así como los demás lugares regulares como se pudo, en siglos sucesivos. Podríamos multiplicar los ejemplos.

²³ Cfr. DIMIER, Anselmo, **Recueil de plans d'églises cisterciennes**, París, 1949, p. 15.

²⁴ Citado por A. Gómez de las Bárcenas, o. y lug. cit., not. 127. En este mismo lugar ofrece más detalles del simbolismo de los templos en base a su orientación.

²⁵ Generalmente no se construía luego el templo amplio y sólido que aún podemos admirar en la mayoría de los monasterios, sino un simple oratorio para celebrar los oficios litúrgicos, y una vez asegurada la comunidad en el sitio, y cuando contaba con medios económicos suficientes, emprendían la construcción del templo.

²⁶ DIMIER, A., **Recueil d plans...**, o. c., p. 17.

²⁷ En el presente estudio nos fijamos solamente en los monasterios cuya iglesia se halla en la parte norte.

²⁸ "Positio chori... constituatur ante et non retro altare maius, ita ut more ordinis nostri orientem versus orent fratres, tam in choro quam in capitulo". Cfr. SIMONE, Miguel A. de, **Adnotationes ad Regulam Santissimi P.N. Benedicti**, en "Collectanea O.C.R.", XI (1949) 137-138.

²⁹ Hasta hace unos cuarenta años, se celebró durante muchos siglos una hora canónica llamada "Prima", que solía ser al amanecer, entre Laudes y Misa conventual. De ella habla san Benito en la Regla, pero se suprimió a mediados de siglo. Allí se rezaba, efectivamente, dichas "preces" mirando todos al oriente.

³⁰ En los primeros siglos se seguía el modelo de dormitorio establecido por san Benito, camas individuales, pero alineadas en un mismo salón o en varios, entreveradas las de los jóvenes con las de los ancianos. El uso de celdas individuales es relativamente moderno.

³¹ Como caso anormal, se puede señalar el refectorio de nuestro monasterio de Oseira, que no parece se hallaba perpendicular, sino paralelo, en la posición en que hoy se conserva. Esta anomalía la atribuyo tal vez al desnivel del terreno, que para hacerlo perpendicular antiguamente, necesitaban rellenar el terreno de manera muy costosa. Les resultaba mejor hacerlo paralelo.

³² En Oseira se construyó el segundo refectorio en el s. XVI, que perduró hasta la exclaustación, de un gótico tardío, pieza considerable, como puede verse aún hoy, una vez devuelto a su prístina hermosura, después de la feliz restauración.

³³ Me extrañaba yo de que en los monasterios que conozco de Galicia, no existiera este templete-lavabo. Precisamente en los días en que escribo esto, se está remodelando el patio central de Oseira. Recibí grata sorpresa cuando hacia la mitad del ala de mediodía, en el sitio que cae precisamente frente al refectorio, apareció un desagüe de piedra, lo que quiere decir que existió en Oseira en los primeros tiempos, o bien estuvo en proyecto y luego desistieron de hacerlo.

³⁴ La costumbre de lavarse las manos antes de entrar en el refectorio, ha perdurado hasta los tiempos del Concilio Vaticano II en que se suprimió, como tantas otras cosas, pues era una ceremonia muy bien estudiada, por cuando se necesita asear las manos antes del almuerzo. Ahora, hay que molestarse en buscar un sitio donde poder asearse, o bien aguantarte y comer con las manos no tan limpias como uno quisiera. Téngase en cuenta que al ir al refectorio lo hacemos en comunidad, por lo que se hace más difícil ir en busca de agua.

³⁵ Conservamos bellísimos ejemplares. Por ejemplo, la del monasterio de Sobrado, Poblet, Santa M^a de Huerta, Alcobaça, etc. La de Oseira sin ser bella, no deja de ser grandiosa por la solidez de su construcción.

³⁶ Se habla de que en muchos monasterios se pescaban las truchas en la cocina, yo no sé si en la acequia, o quizá fuera más seguro en el plato. En Alcobaça es posible que se pudiera pescar alguna, dada la cantidad grande de agua que lleva la acequia.

³⁷ CONTRERAS, Juan de (Marqués de Lozoya), **Historia del arte hispánico**, t. II, Barcelona, 1934, 5.

³⁸ Cfr. BAC,p.289,nº 28. En tiempos de san Bernardo todavía la orden del Císter no había desplegado grandiosidad en sus construcciones, pero a poco de morir san Bernardo, la propia abadía de sus amores, contó con un templo suntuoso, que no sé lo que hubiera dicho el santo si hubiera levantado cabeza. Opino que los templos los hacían en los siglos XII y XIII adaptados a la comunidad, según el mayor o menor número de monjes. Esto se ve bien claro si nos fijamos en cualquier abadía: si era de anchos monjes, como la de Osera, el templo era grande, si era la comunidad más pequeña, como Acibeiro, era de tamaño menor.

³⁹ Ibidem.

⁴⁰ Cfr. D.Rops, **San Bernardo**, Barcelona, 1957, 157.

⁴¹ Cfr. **Apología**, nº 29.

⁴² Ibidem.

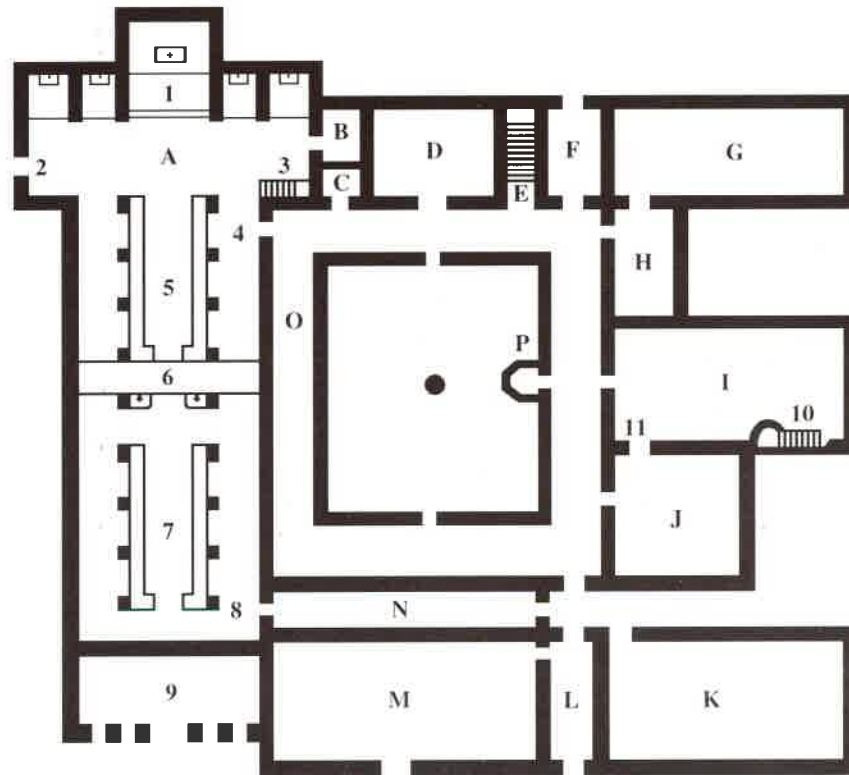
⁴³ No estará demás advertir, para entender mejor la postura de SB, que las iglesias cistercienses estaban concebidas única y exclusivamente para monjes y conversos, y por lo tanto, no necesitaban los monjes -a su modo de ver- de aquellas superfluidades para remontarse hasta Dios.

⁴⁴ Cita el autor a A.Dimier, **Recueil de plans**, I. p. 23.

⁴⁵ Aquí coloca el autor una nota de la cual entresacamos estos conceptos, que compartimos totalmente: "Es indudable que una persona que escribe una obra como la Apología, en la que nos da una de las mejores y más preciosas definiciones que jamás se hayan dado del arte románico, sobre todo de la escultura; en modo alguno puede considerarse ciego e insensible para el arte, por el contrario, nos demuestra que sabía captar perfectamente su poderoso efecto evocador.

⁴⁶ Cfr. VALLE PEREZ, J.Carlos, **La Arquitectura Cisterciense en Galicia**, La Coruña, 1972, 34.

PLAN-TYPE D'UNE ABBAYE CISTERCIENNE



- A. Eglise
- B. Sacristie
- C. *Armarium* ou bibliothèque
- D. Chapitre
- E. Escalier du dortoir des moines
- F. *Auditorium* ou parloir
- G. Grande salle des moines
- H. Chauffoir
- I. Réfectoire des moines
- J. Cuisine
- K. Réfectoire des convers
- L. Passage
- M. Grand cellier
- N. Cour ou ruelle des convers
- O. Cloître de la collation et du *mandatum*
- P. Lavabo

- 1. Presbytère élevé d'un ou de deux degrés avec l'autel majeur, précédé d'un nouveau degré
- 2. Porte conduisant au cimetière
- 3. Escalier du dortoir
- 4. Porte des moines
- 5. Chœur des moines
- 6. Jubé
- 7. Chœur des convers
- 8. Porte des convers
- 9. Narthex
- 10. Chaire du lecteur
- 11. Pâsse-plats

PLANO DEL MONASTERIO DE OSEIRA

